

autor un período que abarca a Torres Naharro, Gil Vicente, Lope de Rueda y otros. Dos ambientes se reflejan en su obra, el popular o medieval y el culto o renacentista. En su obra se funden armoniosamente elementos paganos y cristianos, así como la vida del campo y la vida citadina.

Gil Vicente.— Nació en 1470 fué portugués, sólo superado por Camoens el que con su obra *Los Lusíadas* fijó el idioma de Portugal. Compuso Gil Vicente Autos de Navidad siguiendo a Juan del Encina tomando los dos caminos el religioso y popular a la vez. Su producción es abundante y en ella censura los vicios de los clérigos cuya corrupción originó la Reforma de la Iglesia en el Concilio de Trento y la Reforma Protestante.

Produjo Gil Vicente solo teatro cortesano para los que gustaban de esa manifestación artística.

Lope de Rueda.— Fundador del teatro moderno, logró hacer del teatro un espectáculo independiente y retribuido, apartado por vez primera, de la Iglesia y el Ayuntamiento, con temas populares.

22

Se conservan: Cuatro comedias, tres coloquios pastoriles, once Pasos y un Auto.

Están escritos la mayor parte en prosa con giros castizos, refranes tan populares siempre en España y proverbios. El ingenuo realismo, una fuerza cómica natural y aguda gracia por arrobos y un diálogo perfecto.

Los Pasos cuyos nombres son: Los criados, Pagar y no pagar, Las Aceitunas, Cornudo y contento, El rufián cobarde, El convidado, La generosa paliza, La tierra de Jauja, Los lacayos ladrones, son los más interesantes y los más conocidos y populares hasta ahora. Los personajes son de condición humilde como la gitana, el bobo, el lacayo, etc.

Juan de la Cueva.— Nació en Sevilla en 1550 considerado como el que introdujo en la dramática española, la épica popular.

Las tradiciones heroicas de los tiempos antiguos fueron llevados a la escena por primera vez teniendo un éxito extraordinario con el público de entonces, así el poema del Cid, Los Infantes de Lara, Bernardo de Carpio pasaron a la escena española.

Juan de la Cueva marcó un camino que Lope de Vega posteriormente tomó, al dar vida a héroes legendarios inspirados en la historia de España.

Rompió con la tradición clásica en la unidad de tiempo y espacio, causando gran escándalo en los conocedores y el aplauso del público. Publicó cuatro cartas al estilo de Horacio proclamando la libertad teatral y señalando el derecho que tienen el público de complacerle antes que acatar reglas clásicas.

Iniciador de un teatro con temas nacionales y amplia libertad para representarse, tiene seguidores tan importantes como Lope de Vega y Tirso de Molina las dos figuras más grandes del Teatro de los Siglos de Oro.

TEMA III

La Celestina

En 1499 aparece en Burgos la tragicomedia de Calixto y Melibea. Novela dialogada o Teatro en prosa. La primera edición contaba con 16 actos. Apareció con el título de "Comedia de Calixto y Melibea" y en Sevilla 1501 aparece una nueva edición con 21 actos y un prólogo así como versos acrósticos en cuyas iniciales se lee "El Bachiller Fernando de Rojas acabó la comedia de Calixto y Melibea en Puebla de Montalbán".

23

Añadiremos que Fernando de Rojas nació en Puebla de Montalbán y se estableció en Talavera de la Reina, era jurista y varios años fué Alcalde Mayor. Allí murió en 1541. Se conserva el testamento así como una lista de libros que poseyó y fueron muy numerosos. Unos investigadores consideran que era judío otros, que no fue ni judío ni converso sino hidalgo y cristiano.

La Celestina divide dos épocas de la literatura de su tiempo: Medieval y Renacimiento. El Realismo con que están trazados los personajes tienen máxima importancia. Se describe en ella la historia de dos enamorados Calixto y Melibea, jóvenes ricos, nobles, despreocupados, y el del hampa con seres codiciosos, lisonjeros, malévolos y con conocimiento de la vida y el corazón humano y que en Celestina se agudiza en forma notable y cruel.

Calixto y Melibea víctimas de las malas artes de esta mujer, vieja perversa que vive de arreglar entrevistas de enamorados, hace que Calixto, enamorado perdidamente de Melibea y sabiendo que los padres de la joven se oponen a su amor hace que seduzca a la joven con su ayuda.

Después de muchas hazañas Calixto muere y Melibea, desesperada por la muerte de su amado, se suicida en presencia de sus padres.

La tesis aparente del libro es mostrar a los jóvenes los peligros de que los mozos bien nacidos, consulten sus asuntos íntimos con criados y gentes de baja condición.

Sin embargo la verdadera filosofía del libro es profunda epicurea y pesimista.

Aparte del valor filosófico ésta nos ofrece una serie de cuadros de costumbres de la España de esa época descritas con veracidad.

La lengua alcanza en este libro su madurez en esencia.

24

El arte del diálogo empieza en Europa con esta obra. Así como uno de los libros capitales donde atesora el refranero incalculable del pueblo español.

La Celestina es una obra dramática que ha influido en el teatro en prosa del S. XVI así como en la novela picaresca.

Se presentó en Paris y en México y actualmente se llevó al cine con gran éxito.

Para que tengas una idea de los caracteres de los personajes, las situaciones creadas en forma dramática, de la variedad del lenguaje según quien habla, dada su condición social, a continuación te ofrecemos una síntesis de la obra.

TRAGICOMEDIA DE CALIXTO Y MELIBEA

LA CELESTINA

de Fernando Rojas.

PERSONAJES:

Calixto: mancebo

Melibea: doncella

Sempronio y Pármeno: Criados de Calixto

Celestina: vieja alcahuete

Lucrecia: criada de Melibea

Elicia y Areusa: hijas de Celestina

Centurio: maleante

Pleberio: padre de Melibea

CASA DE CALIXTO.

CALIXTO.- (entrando).- Sempronio !

SEMPRONIO.- ¡ Señor !

CALIXTO.- Dame acá el laúd

SEMPRONIO.- Aquí está

CALIXTO.- ¿ Cuál dolor puede ser tal que se iguale con mi mal?

SEMPRONIO.- Ese laúd esta destemplado.

CALIXTO.- ¡ Qué grande es mi dolor y que pequeña es la piedad de quien inspira mi canto.

SEMPRONIO.- ¿ Tú eres cristiano ?

CALIXTO.- ¿ Yo ? Yo Melibeo soy y a Melibea amo. En Melibea creo y a Melibea adoro.

SEMPRONIO.- Que sometas la dignidad del hombre a la imperfecta mujer.

25

CALIXTO.— Porque amo a aquella ante quien tan idigno me hallo, que no la espero alcanzar ?

SEMPRONIO.— ¡ Oh pusilánime ! Desesperado estas por alcanzar a una mujer, cuando muchas de ellas sucumbieron ante lacayos y príncipes.

CALIXTO.— ¡ Maldito seas necio ! ¡ Que bruteces dices !

SEMPRONIO.— Te lastimo ? lee la historia; estudia los filósofos, mira los poetas. ¿ Quién te contará sus mentiras, sus trafagos, su livinidad, sus lagrimillas, su engaño, su soberbia, su desdén, su miedo, supresunción, su alcahuetería.

CALIXTO.— Nada de eso va con Melibea! ¿ Conoces los hilos de oro de Arabia ? Más bellos son sus cabellos largos hasta el postrer asiento de sus huellas y atados con fino listón, como ella se los peina, que no hay más para convertir a los hombres en esclavos.

SEMPRONIO.— ¡ Será un idiota !

26

CALIXTO.— Los ojos verdes, entornados, las pestañas largas, la nariz mediana, la boca pequeña, los dientes menudos, los labios colorados, el pecho alto, la piel lisa, suave. ¿ Qué se puede pedir mejor de una diosa ?

SEMPRONIO.— Pues éste sigue terco.

CALIXTO.— Las manos pequeñas, envueltas sus dulces carnes que parecen rubíes entre perlas.

SEMPRONIO.— ¿ Has terminado ?

CALIXTO.— Lo más breve que pude.

SEMPRONIO.— Puesto que todo eso es verdad, por ser hombre tú, eres más digno.

CALIXTO.— ¿ En qué ?

SEMPRONIO.— Ella es imperfecta por eso te desca. Recuerda lo que dijo el filósofo: Así como la materia apetece a la forma, así la mujer al varón ”.

CALIXTO.— ¿ Y cuándo veré eso entre Melibea y yo ?

SEMPRONIO.— Es posible. Y aún más; que la aborrezcas igual que ahora la adoras.

CALIXTO.— ¿ Cómo ?

SEMPRONIO.— Alcahándola y viendola con otros ojos, libres del engaño que ahora los cubre.

CALIXTO.— ¿ Ahora cómo la veo ?

SEMPRONIO.— Con una mirada que hace que lo poco parezca mucho. Pero no desesperes que me encargaré de cumplir tus deseos.

CALIXTO.— ¿ Cómo piensas lograrlo Sempronio ?

SEMPRONIO.— Hace tiempo que conozco a una vieja que se llama Celestina. Es una hechicera que conoce todas las maldades que en el mundo hay, hasta a las piedras las puede provocar a la lujuria y al pecado.

CALIXTO.— ¿ Dónde puedo verla ?

SEMPRONIO.— Le diré que venga aquí. Aguarda. Mientras iré a verla ya contarle tu pena y ella te dará el remedio.

CALIXTO.— ¿ Tardará mucho ?

SEMPRONIO.— Enseguida vuelvo. ¡ Quédate con Dios ! (SALE)

CALIXTO.— Y que vaya contigo. ¡ Oh, Dios Topoderoso, te ruego que guíes a Sempronio de tal forma que convierta mi pena en gozò y yo pueda vivir sin merecerlo.

LA ESCENA EN CASA DE CELESTINA

CELESTINA.— ¿ Quién toca ?

SEMPRONIO.— ¡ Sempronio !

27

CELESTINA.— (Mala peste lo mate y a que buena hora llega el pícaro) . . . Espera, hijo, ya voy. . . ¡ Elicia ! ¡ Elicia !

ELICIA.— (DENTRO).— ¿ Qué mandas tía ?

CELESTINA.— Ven pronto que aquí está Sempronio. (ENTRA SEMPRONIO) Hijo mío ! Estoy tan turbada que ni puedo hablar. Ven acá, dame un abrazo. Tres días que no venías. Parece mentira. ¡ Elicia ! ¡ Elicia ! Míralo.

ELICIA.— ¿ A quién ?

CELESTINA.— ¿ Cómo que a quien ? A Sempronio.

ELICIA.— ¡ Oh ! Sempronio en casa !

SEMPRONIO.— ¿ Porqué te espantas ? Aquí vive siempre mi corazón por tí.

CELESTINA.— ¡ Míralo Elicia !

ELICIA.— ¡ Traidor ! ¡ Ojalá te mueras !

SEMPRONIO.— ¿ Por qué estás enojada ? Siempre te he querido más que a las niñas de mis ojos.

ELICIA.— Tres días han pasado sin verte y dices que me quieres. ¡ Ay de mi ! y yo que te dí todo mi cariño.

SEMPRONIO.— No te acongojes, Elicia. ¿ Crees que el fuego de mi amor se apaga con el agua de tan breve ausencia. Do quiera que estoy, estás conmigo.

CELESTINA.— ¡ Déjala no le hagas caso, que tu presencia la turba y sólo dice locuras.

ELICIA.— Calla, tía que de saber cuánto lo quiero se desvanecerá.

SEMPRONIO.— Bien desvanecido me tienes.

CELESTINA.— Dime, hijo, ¿ a que debo tu visita ?

SEMPRONIO.— Ah, te lo diré y verás que pienso tanto en tu bien como en el mío.

CELESTINA.— Dios te lo pague ya que te acuerdas de ésta vieja pecadora.

SEMPRONIO.— Has de saber que Calixto mi amo, se muere de amor por Melibea. Necesita de tus hechicerías, y podemos aprovechar su locura.

CELESTINA.— Veo claro lo que pretende tu amo, y me alegro tanto como los médicos se alegran de que existan enfermos.

SEMPRONIO.— Pues mi amo está muy enfermo y morirá de amor si no lo curas, pasa las noches sin dormir nombrando entre suspiros a su ingrata Melibea. No come, ni sabe en que día vive, ni piensa en nada que no sea Melibea.

CELESTINA.— Mientras más ciego, mejor para nosotros. Su ceguera le impedirá ver nuestro lucro.

SEMPRONIO.— Eres lista, he hecho bien con tomarte como socia en este negocio. Arréglate que vamos a casa de mi Sr.

CELESTINA.— ¿ Yo a casa de Calixto ? Elicia, mi mantilla.

ELICIA.— Aquí la tienes, tía.

CELESTINA.— Vamos hijo, que se hace tarde, Elicia si viene la moza que me recomendó el padre, la despachas. ¡ Ah ! Y dile que no deje de pagar su diezmo.

ELICIA.— Descuida, tía. Yo me encargaré

SEMPRONIO.— Adiós paloma mía.

(SALEN CELESTINA Y SEMPRONIO)

CASA DE CALIXTO

CALIXTO.— ¡ Parmeno !

PARMENO.— ¡ Señor !

CALIXTO.— ¿ No oyes sordo ?

PARMENO.— ¿ Qué, señor ?

CALIXTO.— Están llamando a la puerta ¿ Quién es ?

PARMENO.— Es Sempronio y una vieja alcahueta.

CALIXTO.— Calla, que es mi tía.

PARMENO.— Y tú crees que es vituperio decirle como la llamé. En todas partes la conocen como lo que es, una alcahueta y conseguidora.

CALIXTO.— ¿ Y cómo la conoces ?

PARMENO.— Cuando era pequeño, mi madre que vivía en la vecindad de Celestina, me dió a ella por sirviente, aunque no me recordará pues le serví poco tiempo.

CALIXTO.— ¿ En que le servías ?

PARMENO.— Le llevaba de comer de la plaza y la acompañaba. Tenía en la cuesta del río una casa en donde se reunían muchas mozas con el pretexto de lavar o remendar camisas. Como era muy amiga de estudiantes y mozo e abades y despenceros nunca faltaba quien le llevara trigo, harina o jarro de vino para que le pusiera en contacto con alguna de las mozas.

CALIXTO.— Gracias por decírmelo.

(ENTRAN CELESTINA Y PARMENO)

CELESTINA.— ¿ Oh, noble señor ? Sere gocija toda esta indigna pobreza con tu gentil persona.

CALIXTO.— También mis ojos se complacen con tu presencia. Quiera dios que mi alma se alegre con tus deseadas promesas.

CELESTINA.— Cuáles son tus deseos que yo haré lo imposible por complacerte.

CALIXTO.— Puede ser verdad lo que dices, pero eso no va con Melibea.

CALIXTO.— Escucha. Tengo en el pecho agujijones, calma, paz. guerra, enemistad, injurias, sospechas. . . y todo por una causa. Tan grande es mi fuego.

CELESTINA.— Yo lo apagaré.

CALIXTO.— Temo que no puedas.

CELESTINA.— ¿ Por qué lo dudas ?

CALIXTO.— Porque soy indigno de ella y jamás podré alcanzarla.

CELESTINA.— Observa y verás que el médico de tu dolencia es el que necesitas.

CALIXTO.— Habla, pues, que te escucho con ansia.

CELESTINA.— Melibea es hermosa, tú, franco. No te dolerá gastar, ni a mí ayudarte. Ustedes los ricos ponen el dinero, los pobres damos el ingenio. Iré a casa de Pleberio y aunque su hija Melibea se muestre brava yo sabré como humillar su orgullo.

CALIXTO.— ¿ Podrás ?

CELESTINA.— Los amantes imaginan que las mujeres son como las crean en sus locos sueños. ¡ Cuán equivocados están ! Del mismo Barro son que Ustedes. Se cautivan del primer abrazo, ruegan a quien les rogó, llorar a quien lloró, conviértense en siervas de quien eran señoras, dejan el mando para ser mandadas, rompen paredes, abren ventanas, fingen enfermedades y finalmente, son más atrevidas que los hombres más atrevidos.

CELESTINA.— Poco sabes de lances de amores. La mujer ama mucho a aquél que la requiere o la odia. Aunque en el primer momento rechazan, pronto ceden; huyen y quieren que se les alcance; luchan con la intención de ser vencidas: su resistencia es para justificar su derrota. ¡ Tú serás amado por Melibea !

CALIXTO.— Bienaventurada tú boca que tales dichas promete. No sé cómo recompensarte. . . ¡ Te daría la casa ! Recibe ahora la humilde recompensa de quien con ella te ofrece la vida. (LE DA UNA BOLSA)

CELESTINA.— Dios te dé larga vida, Sr. Te agradezco mas tu forma gentil de liberalidad, más que la dádiva. (SALE)

LA ESCENA EN CASA DE MELIBEA

LUCRECIA.— ¿ Quién llama ?

CELESTINA.— La paz sea en esta casa !

LUCRECIA.— Celestina, madre, seas bienvenida. ¿ Qué te trajo por estos barrios que no acostumbras ?

CELESTINA.— Mi amor, hija. El verlos. Traerte nuevas de Elicia y también ver a tu Sra.

LUCRECIA.— ¿ Saliste a eso ? Me maravillas, ya que no tienes costumbre hacerlo, ni das un paso sin sacar provecho.

CELESTINA.— Quieres más provecho que cumplir mis deseos ? Pero como a las viejas nunca nos faltan necesidades, más a mí que tengo que mantener hijas ajenas. Ando vendiendo este hilo.

LUCRECIA.— Estoy segura de que tú nunca metes aguja, pero mi señora Melibea está urdiendo una tela y quizá te la compre. Aguarda (SALE Y APARECE DESPUES CON MELIBEA)

CELESTINA.— Dios te bendiga ! ¡ Eres hermosa ! Dios quiera que goces muchos años tu noble y florida juventud. Coge las flores de tu florida primavera que pronto viene la vejez.

MELIBEA.— Hablas de la feria como te ha ido en ella ?

CELESTINA.— De todo hubo en la viña del Sr.

MELIBEA.— ¿ Sientes pena por la juventud perdida ? ¿ Volverías a vivirla ?

CELESTINA.— Loco es el caminante que después del trabajo del día, quiere estar al principio de la jornada.

MELIBEA.— Por la esperanza de vivir más, sería bueno vivir otra vez la edad moza.

CELESTINA.— Tan pronto se van ? señora, el carnero como el cordero. Nadie es tan viejo que no pueda vivir un año ni tan joven que no pueda morir hoy.

MELIBEA.— Creo que te conozco. Eres Celestina, la que vivía junto al río ?

CELESTINA.— Esa misma soy.

MELIBEA.— Tus razones me han parecido buenas. Discreta eres. Toma el dinero de tu hilo y ve con Dios, que me parece que no has probado bacado.

CELESTINA.— ¡ Oh angelical imagen ! ¡ Oh perla preciosa ! Cuánto gozo me dan tus palabras. Y ya que te muestras tan accesible, si me permites te diré la causa de mi visita.

MELIBEA.— ¿Cuál es ?

CELESTINA.— Es el caso hermosísima Melibea, que acabo de dejar a un enfermo de muerte, el cual, con una sola palabra tuya, sanaría.

MELIBEA.— Dime, por favor, quién es ese doliente ?

CELESTINA.— Haz de saber que en esta ciudad vive un gentil caballero llamado Calixto. . .

MELIBEA.— ¡ Calixto ! ¿ Y éste es el doliente de quien me hablas ? Ya debía haber adivinado el motivo de tu venida. Ganas me dan de llamar a mi padre para que te de tu merecido. ¡ Vieja desvergonzada ! ¡ Conseguidora ! ¡ Alcahueta ! ¡ Oiste Lucrecia ? Viene a hablarme en nombre de aquel perdido de Calixto. . . ya sabes el que digo. . . El que penetró a mi jardín el

otro día con el pretexto de buscar un halcón; me vió y comenzó a desvariar conmigo dándoselas de galán ¡ Dile que si pensó fácil la conquista se equivocó de cabo a rabo.
¡ Lucrecia, échala de mi casa pronto ! ¡ No quiero ver a esa mala mujer !

CELESTINA.— (APARTE) En mala hora vine ¡ Pobre de mí en la que me he metido !

MELIBEA.— Te atreves a hablar entre dientes ? Así que para dar vida a un loco pretendéis mi honor ? ¿ Desonrar mi fama para mejorar la tuya ? ¡ Responde traidora ! ¿ Cómo te has atrevido a tanta osadía ?

CELESTINA.— Tus palabras me causan temor quisiera disculparme.

MELIBEA.— ¿ Disculpas ? Pero crees que haya disculpas para tu proceder. . . Venir a hablarme de Calixto. . . de ese " Saltaparedes ".

CELESTINA.— Otras más bravas las he amansado (APARTE)

MELIBEA.— ¿ Qué dices mala mujer ? ¡ Habla claro para oírte !

CELESTINA.— Si es grande tu enojo. . . ¿ Cómo podré hacerlo ?

MELIBEA.— ¡ Habla ! ¡ Y no me enojaré !

CELESTINA.— Señora mi mensaje era para pedirte una oración de Santa Polonia que tú tienes, para sanar el mal de muelas que tiene Calixto. Y además solicitarte el cordón que ciñes a tu cintura, el cual ha tocado las reliquias de Roma y Jerusalén. El Caballero que os dije pena y muere por ellas. Pero ya que te muestras tan airada, pues que padezca y muera el infeliz por ellas.

MELIBEA.— Aguarda, si eso era todo por que no lo dijiste sin rodeos ? ¿ Y que tiempos hace que padece ?

CELESTINA.— Desde hace ocho días, pero por su palidez, parece un año. . . Sólo se consuela con sus dulces canciones. ¡ Oh si las oyeras ! ¡ Qué voz de angel tiene ! Lasavecillas se posan en

las rejas de su casa para oírle Toda mujer que lo ve agradece Díos el haberlo hecho perfecto. Dime si acaso no tengo razón al solicitar tu ayuda.

MELIBEA.— Casi me arrepiento de mi impaciencia. Me dejé llevar por mi cólera, pero no quiero ser juzgada mal. Te daré de buena gana el cordón, no quiero guardar la pena de haber podido ayudar a un desvalído, teniendo yo el remedio. Si acaso el cordón no basta ven por la oración.

CELESTINA.— Vendré, Pero no se enoja tu padre si me ve ?

MELIBEA.— Ven discretamente y nos veremos.

LUCRECIA.— (APARTE).— Pobre de mi ama si habla en secreto con Celestina, le dará algo más que la oración.

MELIBEA.— Qué dices Lucrecia ?

LUCRECIA.— Que ya es tarde, señora.

MELIBEA.— Es cierto, vete ya, Celestina, y no cuentes nada de lo que aquí a pasado a ese caballero, que tal vez me jusgue mal. (SALE MELIBEA)

CELESTINA.— Oye Lucrecia, ven, tengo que decirte una cosa.

LUCRECIA.— Habla que debo ir con mi señora.

CELESTINA.— Ven a mi casa y te daré un jabón para que hermosees esos cabellos, que parecerán de oro.

LUCRECIA.— ¿ De Oro ?

CELESTINA.— Y te daré también unos polvos para que te huela a ámbar la boca. No hay cosa que más agrade a los hombres que el buen aliento.

LUCRECIA.— Tienes razón, más falta me hace eso que comer.

CELESTINA.— Entonces porqué murmuras en mi contra, tontilla, ¡ Calla ! Que no sabes si algun día me necesitarás. No predis-